



CANTO SESTO.

ARGUMENTO. — Judas Iscariote, seguido por una tropa de hombres armados, va á Getsemani á prender á su maestro. — Terror de los soldados cuando oyeron la voz de Jesus. — Beso de Judas. — Déjase el Mesías prender sin resistencia y condena el arrebató de Simon Pedro. — El concilio de los Sacerdotes espera á Jesus con la mayor ansiedad. — Tres mensajeros van sucesivamente á darles noticias de la espedicion de Judas. — Filon pasa á la casa de Anás en busca de Jesus q ue á ella fue primeramente conducido, y le hace llevar á la de Caifás. — Porcia, muger de Poncio Pilato, va á la casa del gran sacerdote para ver al profeta, en cuya suerte se interesa vivamente. — La tranquila resignacion que el Mesías opone al furor de sus enemigos acaba de inclinarla á su favor. — Inducido por Satan, constitúyese Filon en acusador de Jesus. — Depositiones de los testigos. — Es condenado á muerte Jesus. — Simon Pedro niega á su maestro, pero se arrepiente inmediatamente y recorre desatinado las calles de Jerusalem atormentado por crueles remordimientos.

El varon justo cuando toca al término de su carrera estima en mas los cortos instantes que le restan de vida que los dilatados años que ya vivió, porque conoce que aquel plazo se le concede solo para coronar con nobles acciones una vida enteramente consagrada á la virtud. De la misma manera son para los habitantes de los cielos mas imponentes y sagradas las horas de la redencion, á medida que la víctima se aproxima al altar del sacrificio.

Penetrados de la santidad de aquellas horas sublimes, Elohá y Gabriel razonaban con dulce emocion sobre los bienes que á la especie humana iban á resultar de ellas.

Súbito cierta luz vacilante que centelleó al través de las tinieblas que aun envolvian al valle de Getsemani atrajo sus miradas :

« ¿Qué horda salvage es aquella? exclamó Gabriel. Adelántase precedida por antorchas : el infierno es quien la envia. »

« Preciso es que llegue, hermano mio : tal es la voluntad del que dispone de la muerte y de la vida, de aquel cuyo poder se manifiesta en la pequenez de un grano de arena como en la inmensidad del universo. »

« ¿ Elohá, reconoces al pérfido que capitanea esa horda? Su porte perderá el orgullo insultante que ahora ostenta cuando á la voz de su juez se levante

de entre el polvo de los muertos, y no oirá pronunciar su sentencia con esa mirada de triunfo. »

La tropa llega al pie del monte de los Olivos : Jesus reconoce á sus asesinos.

La noche mas negra que jamas haya pesado sobre la tierra comienza á levantarse por cima de las tristes hojas del Olivo : mas antes de huir esparce todos sus vagos terrores, todas sus cobardes indecisiones sobre la asesina tierra. Aquel temor misterioso y saludable que mas de una vez detuvo al malhechor en la senda del crimen, paralizó por un instante la audacia de los soldados que iban á prender á Jesus : pero Satan les volvió al punto su funesto valor. Iscariote tiende la vista en torno buscando á su maestro.

« ¿ Donde está? dice para sí. Sus discípulos predilectos pretenden haberle visto con frecuencia sobre la cima del monte Tabor rodeado de brillantes nubes; pero como no le han visto aun es cargado de cadenas, y quiero procurarles ese espectáculo antes de que entren en posesion de los reinos que ha de darles su poderoso maestro... ¿ Porqué tiemblas, Judas? — Porque la noche sea fria y oscura como las tumbas de los muertos ¿ ha de faltarle á un hombre el valor? No ; no : he de concluir la comenzada obra, y yo por lo menos seré rico y poderoso. »

Discurriendo en tan infernales pensamientos pe-

netra en la espesura de los árboles y le siguen los soldados agitando las antorchas y blandiendo las armas. Jesús los ve y los oye.

« Aquí estan, dice. ¡Inmenso es el precipicio que del cielo los separa! Abiertos en el fango estaban los senderos que he tenido que seguir en esta tierra; pero brillarán como en el espacio infinito las vías solares, cuando los decretos del juicio postrimero hayan rasgado el velo de la redencion. »

Los soldados hallando dormidos á los discípulos cércanlos con estrepitosa alegría, sin recordar que Judas debe designarles la víctima que buscan, por medio de una señal de antemano convenida : mas súbito parece el Mesías, y con voz serena y dulce les pregunta : « ¿ A quien buskais? »

« A Jesus Nazareno » responden todos á la vez.

Oyendo aquel nombre despiértanse los discípulos, los ángeles los rodean, y Jesús con aquella voz poderosa que reduce á silencio á la mar inquieta, y manda al reptil que muera, y de la nada saca el alma de los seráfines, dice :

« Yo soy Jesus Nazareno. »

Los soldados al oír aquellos acentos sobre humanos pierden el sentido y caen al suelo ; Judas tambien, mas levántase al punto. Satan no se aparta de él un instante : invisible y orgulloso suspende

sobre la cabeza del traidor una corona de fuego, que puesta en contacto con su malvada frente estampa en ella el sello de la reprobacion, en el instante en que sus labios imprimen el beso infame en la mejilla de Jesús. La mas horrible de las traiciones se ha consumado y los soldados conocen la víctima que han de prender.

« ¡ Judas, dijo el Mesías mirándole con tierna compasion, me vendes aparentando darme una prueba de tu cariño ! Desdichado ¿ porqué sonó para tí esta hora ! »

Y volviéndose hácia los soldados les tiende las manos para que las carguen de cadenas. Al ver aquello, Simon Pedro, el discípulo intrépido no puede contener su indignacion, tira la espada y hiere al sicario que ha osado poner las sacrílegas manos en su maestro : mas Jesús cura al punto aquella herida.

« Si le pidiera auxilio á mi Padre, dijo al arrojado discípulo, bajarían legiones de ángeles de los cielos á defenderme. Resígnate, amigo mio : preciso es que las profecías se cumplan. — Y vosotros, ciegos instrumentos de la providencia, y vosotros que habeis venido á mí armados como si fuerais á prender á un temible facineroso : ¿ no me habeis visto diariamente en el templo en medio de todos? ¿ No me habeis encontrado en vuestro camino á cada instante solo y sin armas? »

Dice y déjase conducir por los soldados que atravesando el torrente del Cedron regresan á Jerusalem.

Desde que principió la noche se hallaban reunidos en el palacio de Caifás los sacerdotes y los ancianos, esperando con inquietud el resultado de la mision que confiaron á Judas. Algunos hombres del pueblo, noticiosos del motivo de aquella reunion extraordinaria se habian agrupado en la plaza donde alternativamente cedian á opuestos sentimientos; recordando unas veces los beneficios del Mesías y dando otras crédito á las calumnias contra él esparcidas. La preocupacion consiguiente á tan distintos afectos les hacia mirar con indiferencia la belleza del palacio del sumo sacerdote, monumento digno de Salomon, y cuya magnificencia realzaban en aquella ocasion las ricas lámparas de oro pendientes de las columnas de pórfido, que sustentaban los salones y galerías.

Seguros de dirigir como les convenga la sorda agitacion que empieza á manifestarse en el pueblo, los sacerdotes solo se preocupaban por el momento del regreso de los mensajeros que habian mandado á inquirir las operaciones de los soldados de Judas. « ¿ Quien los detiene ? » se preguntaban unos á otros. ¿ Iscariote, el traidor á su maestro, nos habrá hecho tambien traicion á nosotros ? ¿ Habránse dejado fascinar por alguno de esos presti-

gios de que tanto uso hemos visto hacer al Nazareno ?

Mientras que tales preguntas se hacian entra en la asamblea un mensajero, pálido el semblante, desordenado el cabello, cubierta la frente de frio sudor ; y levantando las manos sobre su cabeza, esclama :

« Sumo-Sacerdote, levitas, y vosotros padres de Israel, cubrios con ropas de luto, todo se ha perdido. Llenos de celo y de ardor, atravesamos el valle del Cedron, salvamos el torrente y llegamos hasta los sepulcros, sin que la helada atmósfera de estos entibiase nuestro valor. Seguimos, avanzando sin embargo de que las nubes que nos rodeaban cada vez iban siendo mas densas y mas negras. Nunca mortal alguno ha caminado en tan horribles tinieblas : mas los soldados continuaban su marcha con atrevido paso, y yo á lo lejos los seguia. De repente divisé al profeta y al verlo, cómo y porqué no sabré deciroslo, pero es cierto que al verlo sentí que un frio mortal me helaba la médula de los huesos, mi sangre dejó de circular, los cabellos se me erizaron... Los soldados que aun no le habian visto iban á amarrar á sus discípulos; entonces se les presentó y les dijo : « ¿ A quien buscais ? » No se desmintió el valor de los nuestros, y contestaron todos á la vez : « Buscamos á Jesus Nazareno. » Y ÉL... ¡ ah, como he podido so-

brevivir á aquel instante!... ÉL exclamó en voz tan terrible como la del trueno : YO SOY.... Y todos dieron con el rostro en tierra y quedaron sin movimiento y sin vida.... Yo solo me he salvado de la muerte, tal vez porque estaba predestinado á traer la desdichada nueva.... ¿Adonde hallar ahora un refugio? ; Llegada es nuestra última hora! »

Calló, y estremeciósela asamblea como roca herida por el rayo : solo Filon, inaccesible al temor, lanza una mirada esterminadora sobre el mensajero, y dice ;

« Miserable, ó te has vendido al Nazareno, ó eres juguete de una ilusión hija de la noche y de tu miedo ; el aspecto de las tumbas abiertas ha perturbado tu entendimiento ; has confundido á los soldados valerosos con los cadáveres que duermen en los sepulcros. Sabe, cobarde, que no bastan palabras para matar á hombres por nosotros enviados. »

Resonaban aun en el salon esas últimas palabras cuando llegó otro mensajero, casi sin aliento, y arrojó estas frases á la asamblea.

« Mucho hemos padecido... Su voz atronadora, sus miradas penetrantes como la segur de la muerte nos han derribado por tierra. Ignoro cuanto tiempo permanecemos en aquel estado, mas apenas recobramos el uso de los sentidos tendió voluntariamente las manos á las cadenas. Tráenle los

soldados, mas temblando que con algun nuevo prestigio los aniquile. ÉL, sin embargo, los sigue tranquilamente, y ya todos han llegado á las puertas de Jerusalem. »

Dijo, y entrando inmediatamente un tercer mensajero dijo en voz que queria ser solemne :

« Honra y gloria á vosotros, defensores de la santa ley de Moises, y perezcan todos los que de hoy mas se atrevan á levantarse contra vosotros, como perecerá el Nazareno. Ahí os lo traen cargado de hierros que ni la magia de sus miradas, ni la de sus palabras podrán quitarle. Ya todos los suyos le han abandonado : solo, en medio de los soldados, se acerca á este palacio. El Dios de nuestros padres os lo entrega ; su sangre os pertenece. »

Satan acaba de introducirse en el concilio, y con él todas las infernales alegrías. Diabólicas visiones hacen ver á los sacerdotes la agonía del Salvador, y les presentan como consecuencias de su muerte el poder y las riquezas de que imaginan que van á gozar ; mas sin embargo de tal vértigo parécenles que su víctima se hace esperar demasiado, y mandan nuevos mensajeros á buscarla. Filon los conduce.

Los soldados romanos que prendieron á Jesus le condujeron inmediatamente á la morada del sacerdote Anás. Ese venerable anciano á quien despertó el tumulto causado en la ciudad por aquella pri-

sion, quiso conocer al hombre que así turbaba el reposo público.

Con el corazón destrozado y el rostro bañado en llanto, sigue Juan de lejos á su maestro, y viéndole entrar en casa de Anás, que pasaba por mas humano y mas justo que Caifás, sintió renacer la esperanza y con ella el valor de seguirle; mas se detuvo en el dintel de la puerta, porque ya el interrogatorio de Jesus habia comenzado.

« Caifás te juzgará, dijo el anciano sacerdote. ¡ Puedan ser iguales la pureza y la santidad de tus acciones á la celebridad que por ellas tienes en Israel, y entonces te bendecirán todos los pueblos de la tierra! Habla: ¿ qué has enseñado? ¿ cuales son tus discípulos? ¿ les has dicho que prediquen la ley de Moises, y tú mismo la has observado rigurosamente siempre y en todas sus partes? »

Dijo, y admiró la divina tranquilidad que reinaba en toda la persona de Jesus, quien le respondió con dulzura:

« ¿ Por qué me preguntas? Sin misterio y sin artificio he predicado á la faz del pueblo y á la faz de los sacerdotes. Preguntá á los que me han oido cual es la doctrina que yo he enseñado. »

Apenas hubo pronunciado esas palabras, presentóse Filon cuya ira se habia comunicado á los viles satelites que le acompañaban. Uno de estos hiere al Mesias en el rostro, preludiando así á los tor-

mentos que se le preparan. A una seña del Fariseo, los soldados arrebatan á Jesus y le conducen ante Caifás.

Conociendo Juan el carácter cruel de Filon, comprende que Jesus está perdido sin recurso alguno; sus rodillas se doblan, y la palidez de la muerte cubre su rostro. Dejando, pues, por necesidad la casa de Anás, camina el discípulo á la ventura por las calles de Jerusalem, y como á poco divisa al resplandor de las antorchas y de lejos á los que conducen á su maestro, penosamente sigue la dirección de aquella tropa por algun tiempo; mas presto se detiene en medio del silencio y de las tinieblas, porque solo para orar y gemir le quedan fuerzas; y esplica su dolor de esta manera:

« ¡ Con que es cierto que vas á morir, ó tú el mejor de los hombres! Dios lo quiere así... ¿ Tú que eres para mí mas que un hermano, santo profeta, permitirás que se me imponga el suplicio de contemplar tus últimas lágrimas, de escuchar el pos-trero de tus suspiros? No: que me permitirás que muera antes que tú. Dime, ¡ ó Tierra! ¿ no tienes para él protector alguno? Y vosotros, Cielos, ¿ no le salvareis? ¿ Duermen todos los ángeles que cantaron en torno de su cuna? ¡ Desdichada madre, al darle una vida que comenzó con tan bellos auspicios, no imaginabas que su término seria el de una muerte espantosa? Padre de todo cuanto existe, á

tú te imploro ; no consentas que muera ! Dales á sus verdugos entrañas y corazón de hombres. ¡Ay de mí ! que ya no veo centellear en las tinieblas la llama de las antorchas que delante de él llevaban... Le han conducido ante el concilio de los sacerdotes... ¡Oh ! que pese antes de que le juzguen , una sola vez sobre sus cabezas , la cuchilla de la eterna justicia , y se postrarán á sus pies para adorarle... Oigo pasos en la oscuridad... alguien se acerca... ¿Eres tú , Pedro , amigo mio ? ¿Sabes ya qué sentencia han pronunciado contra él ? ¿Vienes á decirme la ? Acércate , por piedad , acércate... Nada oigo ya . ¡Cuan larga y sombría es esta terrible noche ! ¿Qué significa ese tumulto repentino ? Intentarán arrastrarle al suplicio en medio de las tinieblas , para sustraerlo á las miradas del pueblo que si pudiese verle , rompería sus cadenas y le conduciría en triunfo . ¡Precaucion inutil ! aunque á los mortales ocultéis su sangre , veránla los ángeles y os pedirán cuenta de ella... ¡misericordia , misericordia , Padre del universo ! ¡ten piedad de mí , ten piedad de todos tus hijos , y no consentas que muera Jesus ! »

Estenuado por el cansancio y estraviado por el dolor , se apoya el discípulo contra los muros del palacio de Caifás , sin saber donde se encuentra ; y allí permanece mudo é inmovil .

Filon ha precedido á su víctima , y sus miradas de

fuego , su ademan triunfante al entrar en el concilio , anuncian á los sacerdotes la llegada de Jesus , la cual en efecto se verifica inmediatamente .

La falta absoluta de orgullo prestaria á Jesus una apariencia de humilde temor si sus miradas no descansaran sobre la asamblea con la misma pacífica satisfaccion que experimenta el caminante , cuando desde lo alto de una montaña , en cuya cima halló un punto para el descanso , contempla la agreste region que á sus pies se estiende . Mas el sello de la divinidad , estampado en su frente , solo para los ángeles es entonces visible : tal es la voluntad del Eterno .

Caifás , como Gran-Sacerdote , quiere hablar el primero ; Filon tiene igual deseo , creyendo que su fogosa elocuencia le da derecho para hacerlo ; y sin embargo los dos callan . Dudan aun de lo que ven , y se preguntan á sí mismos , si es en efecto el que tienen en su poder , el profeta á quien tan furiosamente aborrecen . Mientras que los dos Hebreos son presa de las ilusiones que Satan les inspira llega á la azotea que une el palacio del Sumo-Sacerdote con el del Pretor romano , la bellay joven Porcia , esposa de Pilatos , que de su sexo y de su edad solo tiene la belleza , las gracias y el candor . Su razon es poderosa , su alma noble y fuerte como la del sabio , cuando la han formado todas las adversidades de la vida . De tan bello tronco salieran sin du-

da yástagos ilustres que, como los Gracos libertarán á su patria de la servidumbre y del envilecimiento, si la ruina de Roma no fuese ya cosa resuelta en los decretos del Eterno.

Impulsada por el deseo de ver en presencia de sus jueces al profeta, cuya alta sabiduría la tiene admirada, Porcia ha salido de su palacio acompañada de la mas fiel de sus esclavas, sin que la consideracion de que así deroga á lo que á su gerarquía debe se presente siquiera á su espíritu; porque el poder que la inspira es superior á todas las humanas consideraciones. La hermosa romana, apoyándose en la balastrada de marmol que corona la azotea, sigue con inquietud todos los movimientos del divino acusado; y el valor tranquilo que ese opone al odio de los sacerdotes la afirma en la alta opinion que ya tenia formada del hombre, cuya palabra poderosa resucitaba á los muertos, y cuya vida daba al corrompido pueblo ejemplo de todas las virtudes.

Filon rompe en fin el silencio, y con arrebatada cólera dice:

« Traígase al culpable á los pies de sus jueces, y estréchense los lazos que le aprisionan: mas antes de pronunciar su sentencia, levantemos los brazos al Eterno, démosle gracias porque ha puesto término á la prueba de paciencia, que nos ha hecho sufrir condenándonos á que viésemos por tanto

tiempo entre nosotros á ese vagamundo y falso profeta, á ese vil impostor! Jehová le entrega al cabo á nuestra venganza. ¡Que tal sea en adelante la suerte de los atrevidos que osaren seguir las huellas del Nazareno; que sus nombres y su memoria desaparezcan para siempre y de todas partes, exceptuando aquella donde se derrama la sangre de los criminales, donde ruedan sus craneos revueltos con las plumas de los buitres que de allí huyen cuando ya no encuentran pasto en sus descarnados esqueletos! ¡Resuenen himnos de gratitud en nuestros altares; entone la Judea el cántico de triunfo! Si presa de un vértigo infernal ni ha visto ni oido durante algun tiempo, hoy recobra ojos y oidos. Aun en medio de su delirio tuvo Israel lúcidos intervalos, y entonces robustos brazos se aprestaron á lanzar sagradas piedras contra el Nazareno; mas luego nuevos prestigios paralizaban aquel efímero celo. ¡Mas ya sonó la última hora de nuestras ilusiones y de tus sacrilegios, vencedor supuesto de la muerte! Poco numeroso es aun el pueblo reunido al pié de estos muros para oír tu sentencia: nada importa, aun así hallaremos bastantes testigos que depongan contra tí; hágalos llamar el gran sacerdote. En cuanto á mí, yo te acuso; pongo por testigo á la Judea entera; y tomo por jueces á los cielos. Te acuso de blasfemia y de impostura; porque has dicho que eras dios, tú